

La memoria DE UNA PIEL

Jimena Cuevas Paulino

Lic. en Letras Hispánicas, UAA, 6° semestre

40

A hí estaba yo, en un sepulcro de deseos, palabras mudas y confusiones, encerrada en una mente inocente, o casi —diría yo—. Casi, por el hecho de que me encontraba entre su pecho y la fortaleza de aquel viejo edificio, acorralada por un conflicto indescifrable, el deseo de quedarme a saborear el calor de sus besos bajando por



mi cuello, la impotencia al sentir sus dedos encajados bajo mi blusa, por la presión que su pelvis hacía en mis piernas, aquella escasez de suelo debajo de mí, la adrenalina jadeando con cada tirón de cabello, el sonido desgarrador de mis gritos silenciados en el momento en que su sonrisa mordía la corteza de mis labios.

Era una disputa por desear quedarme ahí, oyendo sus latidos y sus dulces susurros escaparse al instante en que respirábamos. Llegó un momento en el que dejé de pensar, solamente permití que todo ocurriera, quedándome en el lugar que mató la inocencia, la mía al menos, porque no puedo hablar por él, aunque quisiera.

Esos gritos siguen atorados en mi garganta como indicios de un orgasmo indescriptible que serán abandonados entre los besos fríamente cálidos, entre roces melifluos, en los ojos cegados por una inmensa oscuridad y en la ropa revolcada en el suelo húmedo; indicios que serán silenciados en la memoria de una piel.